



La Adoración de los Reyes. Mural gótico castellano del convento de Santa Clara, en Toro.

Tal vez nunca como en los días navideños se halle el hombre tan sensibilizado para comprender la hondura y alcance del drama de los desplazados. Todo desplazamiento de hombres, como todo corrimiento de tierras, suele responder a seísmos profundos y provocar conmociones no menos violentas. El mundo agitado de hoy vive febrilmente la tragedia de los exiliados, de los que no tienen el mínimo consuelo de un horizonte confiado que acoja sus miradas de hombres sin más pretensiones que un clima de amparo.

A cuantos temen la llegada de las fechas navideñas, por carecer de todo aquello de lo que éstas son símbolo entrañable, yo les invitaría a pensar que la primera Navidad que hubo en la historia se celebró en tierra *extraña*—no sólo *ajena*—, sin el consuelo de una puerta que se abre a hora intempestiva. Y en este desamparo surgió la salvación, la Buena Nueva de que Dios es Padre y que su amor puede colmar abismos de soledad. Navidad es buen tiempo para comprender que, espiritualmente hablando, tener un hogar es vivir comprometidos con Dios en una vida de amistad. Algo muy posible en el descampado de una estepa, en el abatimiento de un campo de concentración, en la vida sin estructuras del destierro. La Navidad puede y debe celebrarse con tanta más intensidad cuanto mayor sea el desconsuelo de las circunstancias, pues la Navidad es una fuente de alegría que les nace a los hombres de buena voluntad, a despecho de todo, en la interioridad del corazón.

A. L. Q.